

La elección de palabras vivas

Te preguntan a menudo de dónde te vienen las palabras de tu poesía. Hay palabras-hueso, que se te atragantan. Con ellas te puedes ahogar. Hay palabras-brasa que te caen al corazón. Con ellas te puedes quemar. Hay palabras-serpiente que se te ovillan en medio de la cabeza. Por ellas debes aprender a tocar la flauta mágica. Hay todo tipo de palabras que te pueden destruir. Con las palabras, de ningún modo se puede bromear. Y, entre otras, están las palabras-llave. Estas palabras-llave son las únicas palabras vivas con las cuales puedes hacer la poesía. Lo que significa, naturalmente, que no siempre la hagas. Estas palabras son, ellas mismas, ya el comienzo de la poesía. Ellas se te aparecen siempre inesperadamente, pero jamás por casualidad. Se te aparecen como estrellas o como toda una constelación en la bóveda del cráneo. Brillan entre otras palabras y frases que nada tienen que ver con el futuro poema: brillan como pre-signos de la poesía. Sólo hay que reconocerlas. Ellas te encantan como si no fueran tus palabras. Y las recuerdas confusamente, como si las hubieras escuchado en un tiempo lejano, sin saber dónde y cuándo, y este recuerdo te restará para siempre confuso y nunca, ni siquiera después de haber escrito el poema, se te aclarará.

Cuanto más se enriquece y madura tu experiencia, aprendes que ellas provienen de su fuente. ¿De dónde, por lo demás, podrían venir? Sabes que el camino de esta fuente conduce a través de tu corazón, de tu cabeza, de tu alma. Y esto te brinda la posibilidad de escribir el poema, de escribirlo del modo en que lo has merecido y sólo entonces, cuando lo has merecido. Ser poeta, a juzgar por todo, significa nada más ni nada menos que ser un hombre dispuesto a recoger con su vida palabras para su poesía de su propia fuente. Sin autoolvido no hay concentración, sin concentración no hay revelación, no hay poesía ni puede haber poesía. No puede haberla, al menos, como tú la quieres.

Y te preguntan también a menudo a quién van dirigidas las palabras de tu poesía. Tú las devuelves al lugar de donde las has tomado, las devuelves a su fuente. Sabes que el camino regresivo a esta fuente de las palabras vivas conduce a través del corazón, a través de la cabeza, a través del alma de todos los hombres. Y esto, otra vez, brinda a todos los hombres la posibilidad de que también ellos, con las palabras de la poesía, traten con esta fuente vivificante. En esto y no en otra cosas consiste la sociabilidad, el altruismo, y la humanidad del hecho del poeta de escribir poesías. Pues, cada hombre, no sólo el poeta, tiene la impelente necesidad de hablar con la fuente de las palabras vivas, pero a menudo no tiene con qué.

Para cada hombre, para cada lector vale la ley de que debe merecer las palabras del poema, si quiere que estas palabras pasen a pertenecerle. De lo contrario puede pasar cuanto tiempo quiera con la poesía, pero ella no se le abrirá. Las palabras en el poema constituyen un «kolo» cerrado. Se ven en el baile del «kolo» pero no se ve en torno a qué bailan. Las palabras en la poesía componen la imagen de la fuente de la cual provienen y a la cual se dirigen. Las palabras, se diría, están vueltas hacia las espaldas del hombre inclinado sobre el poema. Y el hombre les puede ver el rostro sólo si acepta integrarse, sin la ayuda de sus pensamientos últimos de los cuales se enorgullece, a este «kolo» de las palabras, sin preguntarse a dónde lo conducirán y sin volverse atrás. Sólo así se le abrirá el poema: se le abrirá desde adentro. No hay otras entradas en el poema.

(1966)

El guardián de la fuente

Te preguntan, siempre de nuevo, por qué escribes poesía. Para saber por qué vivo, justamente por esto escribo poesía. Las palabras vivas, de tiempo en tiempo, se cobijan o pernoctan en ti, en el camino infinito hacia su fuente. Si no fuera por ellas, nunca desde el campo de tu vista podrías ver qué se esconde detrás de la montaña que te circunda: no verías jamás dónde se encuentra este campo de tu vista, ni qué se descubre realmente en él. Tus frases serían sólo un bocado de tierra hasta tu muerte y, sobre todo, después. Tu te revolcarías en tu campo y con los ojos abiertos romperías tu frente en invisibles muros.

Velas, en medio de este camino infinito que pasa a través de ti y esperas que aparezcan las palabras vivas. Vas a su encuentro y les llevas las únicas ofrendas que posees: la vigilia y tu callar. Con esto crees que las alimentarás y les darás de beber. Les preparas tu respiro desnudo para que se encuentren en él como en su propia casa, como bajo la bóveda celeste o en un abismo subterráneo, como más les convenga.

Velas lejos de esta fuente de las palabras vivas que nunca has visto, pero te parece que oyes algo de su rumor, que sientes algo de sus formas, que algo de sus claridades ves en cada poema tuyo. No temes que esta fuente de las palabras vivas pueda secarse. No temes que alguien pueda cerrarla o colmarla. Sabes bien que esta fuente no puede enturbiarse, pues ninguna injuria, ninguna maldición, ninguna piedra puede alcanzarla y caer sobre sus claridades.

Si velas en medio del camino en que las palabras vivas salen de su fuente, esto sucede porque temes que este camino se convierta en un desierto y crezca en un denso, impenetrable agujero o se hunda bajo un grueso polvo de silencio. Entonces no te nacería ninguna poesía. La frente se te convertiría de nuevo en una piedra funeraria que cubre el mundo entero. No podrías denominar vida a la sorda obscuridad bajo tus sienes. Y no sabrías por qué vives, pues no existiría ni una sola palabra que te lo dijera.

(1966)

El lugar del poeta

Te preguntan dónde está tu lugar, a ti que te ocupas de escribir poesías. Dónde hay un lugar para ti, qué hablas de lo que se no se ve con el ojo desnudo, ni se alcanza con la mano, de lo que no se entiende con una cabeza mentalmente sana. Se diría que eres un contrabandista y que introduces en éste, nuestro hermoso mundo, algo ajeno, algo que no le pertenece. Se pensaría que eres un transgresor y hablas de algo acerca de lo cual la gente común, inteligente, calla. Se sospecharía que estás loco y que hablas de lo que otra gente, común, inteligente, no habla.

Dónde hay un lugar para tí, que hablas de lo que no existe y que puede salvar o devorar, a ti y a cualquier otro hombre. Tu lugar está entre la gente. Pues la voz que desde ti te habla, habla también desde cualquier hombre, sólo que tú no lo callas.

Dónde está tu lugar, lo sabes y nunca te vendrá a la mente imaginar que está en algún otro espacio, en algún otro punto o en el centro del mundo. Serías ridículo: la rueda del mundo se torcería en tus palabras, en tu obra, comenzaría a girar alrededor de su propio eje y construiría ochos vacíos en el vacío. Y puesto que tú, entonces, no estarías en tu justo lugar, nadie y nada a tu alrededor tampoco lo estarían.

Dónde está tu lugar mientras escribes una poesía. En algún lugar donde tu espacio no está bajo la planta de tu pie. En algún lugar donde el tiempo te ha olvidado y donde tú has olvidado el tiempo. En algún lugar donde te has olvidado a ti mismo. De lo contrario, nada podrías ver y trasladar a la poesía. Todo tu esfuerzo habría sido en vano.

Después de haber creado una poesía, ¿dónde está tu lugar? En la poesía seguramente no: ¡imagínate que en la manzana encuentres un grumo de tierra que la ha alimentado! Entonces, ¿detrás de la poesía, quizás? No, tam-

poco detrás: tu sombra caería sobre el poema y lo enturbiaría. Debajo de la poesía, profundamente abajo, está tu lugar: como a toda tierra lo que la nutre.

(1966)

Los dones del poeta

Los dones del poeta son, en nuestros días, modestos, pero vienen de la fuente primordial, son limpios y se dan de corazón. El corazón de cada poeta es hoy un libro en llamas. El poeta hojea este libro y aprende la lectura. Lo que hoy el poeta habla en sus versos es el balbuceo de las primeras sílabas del difícil e infinito alfabeto espiritual. El poeta aprende este alfabeto para liberarse él y liberar a los que lo rodean de la vida analfabeta que origina la muerte y de la muerte analfabeta que no origina la vida. Por ello, se expone calmo al peligro de aparecer como sospechoso a los ojos de los sabihondos y de los hombres autosatisfechos. Este es su trabajo hoy y desde siempre. El poeta, a cuyo trabajo no se lo reconoce, a menudo, como un oficio serio, en realidad es hermano del minero, del cazador de perlas, del guardián del faro. Su trabajo es el único del que se dice: «Pues alguien debe hacer también esto». Por lo demás, el propio poeta no es importante para sí mismo: lo importante es la poesía. El poeta trabaja a pesar de todos aquellos que no lo necesitan, trabaja, lo que es más, a veces, a pesar de sí mismo. Las verdades a las que llega no acarician a las personas que lo rodean, pero tampoco a él mismo. Al poeta le da su fuerza para durar en su misterioso, difícil y peligroso trabajo, sólo el saber que es imperdonable permitir que la llama del libro arda y, no leída, quemara inútilmente en el pecho. Los dones del poeta, estas palabras de llamas salvadas al precio de la vida, son útiles exclusivamente para quienes las aman.

(1968)

Las palabras bellas

Todo hombre es, al menos una vez en su vida, poeta. Sucede esto en momentos iluminados por estrellas rojas o negras, en los instantes excepcionales de los grandes asombros cuando las palabras y frases cotidianas no ayudan al hombre a expresarse. En esos momentos, el hombre forja su

palabra nueva, construye su nueva frase. Haciendo esto, el hombre se comporta como un poeta, él es, en esos momentos, un poeta. Estas palabras no cotidianas (yo las llamaría palabras bellas) constituyen la obra poética escogida de un hombre. Los poetas (aquellos para quienes la poesía es su vocación vital) pueden ser vistos como hombres que creen que en el curso de su vida han creado muchas más palabras bellas que otros. ¿Hay que demostrar que, a menudo, media la ilusión? Al mismo tiempo, de la otra parte de los castillos construidos de libros de poesía, viven su breve vida las palabras bellas de tantos otros hombres. Viven en el aire, las repiten y recuerdan aquellos que primero las escucharon: los amigos, parientes, compañeros de trabajo, vecinos. Con sus amantes mueren también las palabras bellas. Es inconmensurable el collar de palabras bellas que sucumben día a día, siglo a siglo.

La palabra complementaria del poeta no puede ayudarles.

(1981).

Traducción: Juan Octavio Prenz